

Ernest BURRUS, S. J., *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*. Madrid. Ediciones José Porrúa Turanzas, 1967. 2 volúmenes.

Hay muchos años de acuciosa investigación detrás de la obra de Ernest Burrus, S. J., con la que se inicia la publicación de la segunda serie de la Colección Chimalistac de libros y documentos referentes a Nueva España. La obra se nos ofrece en dos volúmenes. El segundo de ellos es en realidad una carpeta que contiene 45 hojas sueltas con reproducciones de los principales mapas a los que se hace referencia en el primer volumen, dividido en tres partes. En la primera, el autor recoge las menciones de mapas que levantaron los jesuitas de México, desde 1600 hasta 1959, agregando para cada autor de mapa identificado, algunos datos biográficos y las indicaciones necesarias acerca de las obras en las que los mapas aparecieron impresos o las relaciones manuscritas que los acompañaban. La mayor parte de los autores de mapas identificados pertenece a la época colonial (1600-1794) y sólo uno de ellos, el del padre Gerardo Decorme, se sitúa en el presente siglo.

Entre esta vasta recopilación pueden distinguirse dos tipos de mapas principalmente. Uno sería el mapa levantado sobre el terreno mismo, a medida que se descubre y pacifica la tierra. Se trataría aquí de mapas-instrumentos de trabajo. Los misioneros jesuitas al aventurarse en tierras prácticamente incógnitas tenían la necesidad de delinear esas tierras nuevas. Debían conocer cómo eran las tierras que visitaban, cuál era su posición dentro del mundo conocido, su existencia física. Por ello levantaron esos mapas y señalaron en ellos cuáles eran los puertos de viento y mar más favorables para el trazo de los itinerarios originales que siguieron en la penetración del norte. Pero no solamente buscaron en el trazado de los mapas señalar esas ubicaciones, esa topografía. En el mapa-instrumento de trabajo se señalan también las regiones de dominio de los grupos indígenas y las fronteras entre esos mismos grupos. Conocerlas era indispensable para el establecimiento de las misiones. En este tipo de mapas-instrumentos de trabajo, la obra del padre Kino es, sin duda alguna, la más rica. El otro tipo de mapas lo constituyen los mapas históricos propiamente dichos, mapas que ilustraron y acompañaron las grandes obras históricas, a las reflexiones de los jesuitas en el destierro.

En la segunda parte de su obra Ernest Burrus indica quienes, entre los historiadores que se han ocupado de la historia de la provincia mexicana de la Compañía, han construido mapas históricos originales: reconstrucción de itinerarios de los primeros misioneros, localización de misiones, extensiones de la provincia en diversas épocas, etc. Se completa esta parte con la nómina de las reproducciones de mapas antiguos publicados en los últimos años. Es lástima que por el temor de presentar un "catálogo interminable" de obras que publican esos mapas, el padre Burrus sólo haya señalado las fechas de reproducción de los mapas.

Como tercera parte se agregan varios documentos e informes cartográficos que ilustran mucho acerca de los métodos utilizados para el levantamiento de los mapas durante la época colonial. Estos informes son, en muchos casos, descripciones de las condiciones geográfico-económicas del noreste de México.

Mucho nos enseña el enorme trabajo de recopilación del padre Burrus. Pensemos solamente en la dispersión que caracteriza a este tipo de materiales. En muchos casos, los manuscritos, los trazados originales se han perdido. Sólo quedan los ejemplares que algún impresor realizó con base a esos dibujos originales y éstos, naturalmente, se encuentran diseminados en múltiples colecciones, en diversos países. Además, el mapa ha sido casi siempre separado de la relación escrita que lo acompañaba. Esto hace que en algunas ocasiones la identificación de sus autores sea prácticamente imposible. El trabajo realizado por el padre Burrus, en este sentido, es muy valioso. No solamente identifica la autoría de mapas considerados hasta ahora anónimos, sino que devuelve su paternidad jesuita a mapas tradicionalmente atribuidos a Sigüenza y Góngora y a Villaseñor y Sánchez.

La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús muestra la necesidad de intentar recopilaciones semejantes de material cartográfico. En muy pocas ocasiones encontramos que una biblioteca tenga catalogado independientemente su fondo cartográfico. Mucho menos si pensamos en archivos públicos o colecciones documentales. Y sin embargo, las posibilidades que estos materiales ofrecen a la investigación histórica, como fuentes directas o como fuentes complementarias, son enormes. No pensemos únicamente en lo que se refiere al conocimiento de la concepción geográfica del mundo. Estamos acostumbrados a ver los mapas antiguos como un dibujo primario, impreciso, de alguien que no conocía la realidad de las cosas, sin reparar que las investigacio-

nes en historia del arte nos han enseñado que escala y jerarquía muchas veces van unidas, que la perspectiva tiene una función particular que corresponde a una visión del mundo. Hay que revisar los mapas antiguos con esos ojos. Que Baja California aparezca dibujada como isla no es un error, es una realidad histórica. Como escribe el padre Kino cuando, después de sus viajes y observaciones sobre el terreno, trata de demostrar que Baja California era una península, "yo mismo había creído que era isla, y por tal la dibujé en algunos de mis mapas".

Pero ese conocimiento de la concepción geográfica del mundo es sólo una posibilidad dentro del análisis de los mapas antiguos. Hay muchas otras. Mucho puede ahondarse en nuestro conocimiento del pasado histórico si observamos, por ejemplo (Cf. Núm. 35 "Mapa y tabla geográfica" del P. Ignacio Rafael Coromina, 1755) que en 1755 Valladolid se encuentra señalada como situada 10 leguas más cerca de la ciudad de México que Querétaro. No es éste un detalle curioso, que el historiador deba dejar pasar desapercibido. No es la distancia-longitud lo que ha variado, lo que ha variado es la distancia-itinerario, la distancia-tiempo. Por diferencias en las rutas seguidas, por dificultades en el trazado de los caminos, por itinerarios preferidos por varias otras razones, el hecho es que esa variación histórica en distancia nos da como resultado que Valladolid pueda, en el siglo XVIII, competir airoosamente frente a Querétaro como centro de comercio, como centro distribuidor, como foco de desarrollo, como ruta más corta entre el Bajío y la ciudad de México.

Observemos esas distancias históricas presentes en los mapas antiguos. Que Veracruz esté a la misma distancia-recorrido que Oaxaca, respecto de la ciudad de México, nos muestra las dificultades que separaban a la capital del virreinato de su puerto contacto con la metrópoli. Que Guadalajara y Zacatecas se encuentren a la misma distancia-recorrido en leguas de la ciudad de México, explica mucho el aislamiento y la lejanía real de Guadalajara en la época colonial. Si observamos esas distancias, el mapa moderno comienza a deformarse, a retomar la forma que le dieron los autores del mapa antiguo. Parecería como si los mapas antiguos estuvieran más cerca de esas anamorfosis geográficas tan espectaculares que suelen construirse actualmente para subrayar el peso de algún factor en el espacio. Así, pues, son muchas las posibilidades de reflexión histórica que provoca y sugiere el examen

y análisis del riquísimo material que ha recogido Ernest Burrus, S. J. en esta *Obra cartográfica...*

Alejandra MORENO
El Colegio de México

Wilbert H. TIMMONS, *Morelos of Mexico: Priest, Soldier, Statesman*. El Paso, Texas Western Press, 1970, 184 pp.

El presente libro es una reedición de la obra del mismo nombre publicada en 1963 por el doctor Wilbert H. Timmons, profesor de historia en la Universidad de Texas, en El Paso. Por tratarse de una segunda edición que ha intentado incorporar los resultados de nuevas investigaciones sobre la figura histórica de Morelos, vale la pena que se la comente.

El libro, en términos generales, conserva su estructura y contenido original a excepción de dos pasajes: el caso de una supuesta carta de Morelos a Ortiz de Ayala y el del controvertido documento "Medidas políticas", tradicionalmente atribuido a Morelos. Nos permitimos copiar, en ambos casos, las nuevas conclusiones del autor.

Simón Tadeo Ortiz de Ayala se presentó, en marzo de 1815, en Santa Fe de Bogotá, capital de la Nueva Granada, con una carta firmada en "Guaxaca", el 29 de noviembre de 1813, por "Manuel Morelos, General en Jefe de México", que lo autorizaba a establecer relaciones políticas y comerciales con los gobiernos independientes de la América meridional. Al respecto afirma Timmons: "Naturalmente el documento se hace sospechoso por cuanto todo conocedor de la independencia mexicana sabe que el nombre de Morelos fue 'José María', nunca se dio el título de 'General en Jefe de México', y si por 'Guaxaca' se ha de entender 'Oaxaca', Morelos no se encontraba cerca de tal sitio en noviembre de 1813. Además, la escritura no se asemeja a la de Morelos; mejor dicho, en grado sorprendente es similar a la de Ortiz, a quien la carta iba dirigida" (p. 142).

Acerca del manifiesto dice Timmons: "un riguroso examen de todo el texto Humana... revela significativas conclusiones: a saber, que las 'Medidas políticas' fueron escritas en 1812 y no en 1813, que intentaban ser un plan de carácter militar más bien que